

DEBATE

El nuevo giro neoliberal del populismo

Fabián Echegaray

Politólogo, director de Market Analysis, consultora de opinión pública en Brasil.

La pandemia expone a los gobiernos a dilemas conflictivos. ¿Priorizar la economía o la salud? ¿Respetar las libertades civiles o el control social? ¿Privilegiar la salud, en términos amplios de bienestar, o reducida a un blindaje antiviral?

Esos dilemas interpelan a las autoridades sobre su capacidad para navegar las contradicciones y contribuir a una sociedad saludable y sostenible. Líderes de Europa Occidental y de países vecinos como el Uruguay han sabido pilotear dichas paradojas, flexibilizando las cuarentenas y revisando su postura en casos de rebotes y se han responsabilizado por el testeo masivo y monitoreo de sus poblaciones en lugar de mantenerlas reprimidas o confinadas.

Han movilizado a los ciudadanos para adoptar una ética de prevención sin abdicar de su rol de garantizar efectivamente la salud colectiva. En contraste, una parte de la dirigencia de Europa Oriental y América Latina parecería haber naufragado delante de aquellas disyuntivas o, peor aún, habría convertido a la intensificación de esas contradicciones en una forma de gobernar.

El naufragio más obvio ocurre cuando, con sus medidas, los gobiernos empeoran la salud colectiva que se planteaban preservar. La extensión de un confinamiento anti-contagio generó simultáneamente un aumento del sobrepeso y de atrofia muscular con más consumo de psicotrópicos, drogas ilícitas y bebidas alcohólicas, fruto de una disparada en los casos de depresión, ansiedad, insomnio y síndromes de pánico. Sumado a ello la

aceleración de los casos por Covid, como en Argentina, el naufragio parece muy claro.

Si, por un lado, la pandemia revela la miopía de un modelo neoliberal que desfinancia al sistema de salud pública bajo el argumento de la mayor eficiencia privada; por otro lado, la dirigencia que celebra la recuperada centralidad del Estado, abdicó de su rol de agente de cambio, repasándole los compromisos y las culpas a los individuos.

De esta manera reproduce la cartilla neoliberal. ¿Qué bienestar entrega un intervencionismo que no ejecuta la mitad del presupuesto para la pandemia, se omite realizar testeos, distribuir kits y rastrear casos en una escala razonable o permite que 1/3 de las clases altas embolsen la ayuda de emergencia?

La distribución de subsidios y los salvatajes sectoriales discrecionales simulan un rescate del estado de bienestar, que ocurre paralelo a la delegación de responsabilidades al individuo para "driblar" la crisis sanitaria.



Esa omisión consagra un culto a la auto-gestión constante de la propia salud, responsabilizando al individuo por la profilaxis anti-contaminante y culpabilizándolo por eventuales fallas.

Si crecen los números de contagio, muertes y la sensación de descontrol de la pandemia, no es porque el gobierno fracasó en proveer tests a gran escala, no adquirió los equipamientos a tiempo o los compró defectuosos.

Es fruto de las personas que flaquearon en asimilar la cuarentena. Curiosamente, a mayor retórica en favor de un Estado fuerte, más intensa la prédica que transfiere compromisos al individuo.

El giro neoliberal del intervencionismo populista tiene cuatro pilares. Empieza por la reducción de las nociones de salud y bienestar al blindaje viral vía confinamiento. Continúa con la transferencia discursiva al individuo de capacidades y responsabilidad por ejecutar dicho blindaje. Le sigue la diseminación de un mantra profiláctico individual anclado en rituales de higiene y limpieza. Termina con la asignación de culpa a las personas y no a sus dirigentes por los eventuales fracasos en el control de la pandemia.

Repitiendo la fórmula neoliberal,

la arenga gubernamental insiste que el auto-control disciplinado, autónomo e informado del propio cuerpo lleva a la emancipación.

Ese "empoderamiento" de los individuos no genera un debilitamiento del estado, sus autoridades continúan controlando los recursos para usarlos discrecionalmente mientras se excusan por fracasos.

Esa operatoria delante de problemas graves por parte de dirigentes intervencionistas no es nueva. La gestión del cambio climático sigue un guion igual. Campañas y políticas públicas encumbran la auto-regulación del consumidor como solución para una menor huella ecológica, estimulando la reforma del consumo individual (su reverdecimiento), responsabilizando y culpando al individuo por eventuales brechas en los resultados.

Así, el Estado se auto-exime de ejecutar acciones que afecten intereses establecidos o cambiar el funcionamiento del propio sistema. Preserva su financiamiento fácil a base de impuestos al consumo de combustibles o de la propiedad de coches y evita el trabajo de largo plazo de crear, por ejemplo, una nueva matriz energética enteramente renovable. Como con el Covid-19, ese empoderamiento del consumidor, más que debilitar al estado, convierte al primero en chivo expiatorio y libra al segundo de presiones sectoriales.

En el seno de la paradoja de ver gobiernos intervencionistas que privatizan la responsabilidad por la crisis sanitaria anidan tensiones de largo plazo. ¿Aceptarán los ciudadanos el fardo de cuidar de su propia solución personal sin cuestionar el propósito del Estado que promueve dicha transferencia? ¿Dada la escasez de recursos, no se tentará el Estado en ampliar esa exención y transferencia de responsabilidades a otros ámbitos? ■

MARIANO VIOR

TRIBUNA

Los actuales desafíos del Estado de Derecho

La democracia regional se encuentra en jaque, no por una asonada castrense sino por la tentación autoritaria que anhela revivir el pensamiento de Carl Schmitt en su antinomia entre amigo/enemigo, tan deletéreo para el desarrollo sostenido.

En condiciones de asepsia política partidaria, creo que cualquier género de populismo – sea de izquierda o de derecha – promueve una revisión pèrfida del orden establecido; se dirige rechamante hacia la "reencausación de la democracia representativa" mediante una apelación demagógica al "conductor del pueblo", como líder demiúrgico, cuyo canto de sirenas se erige en la voz de la unanimidad. Con una concepción monista del orden, donde solo ese conductor es capaz de disciplinar a la masa – que domina – y donde su sola presencia es la semilla que le da anatomía y fisiología a aquélla.

Es indudable que el populismo ha cosechado adhesiones. Timothy Garton Ash, explica que al amparo de la subversión institucional que genera un líder, quien dice tener la autoridad conferida por el pueblo, imponiéndose a las instituciones, surge un relato emocional que recoge una desigualdad cultural. Ese es el contenido cultural del populismo o la matriz de su aceptación, al menos para una parte de la sociedad, que se siente soterrada o que se

percibe ignorada o que no es tomada en serio por las elites metropolitanas, cosmopolitas o liberales; ella ve en los líderes populistas un canal adecuado para canalizar sus demandas, como contenedores de un relato de exclusión o participantes de una calesita tramposa, donde la sortija siempre la sacan los mismos.

Es necesario apostar decididamente por el marco institucional; si bien la voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público, esa voluntad no es omnipotente, incondicionada o ilimitada; el atalaya de una Carta magna no admite que un sector, transitoriamente mayoritario, viole el tuétano del Estado de Derecho.

Donde hay instituciones sólidas se gesta el piso de barro del caudillo. Un concepto moderno y equilibrado de República no debe limitarse al voto; por el contrario, se nutre de elementos tales como periodicidad, alternancia, limitaciones, prohibiciones, tolerancia, respeto a la división de poderes. Aunque, también, una de las deudas pendientes de la democracia es integrar – de manera racional y equilibrada – a los segmentos que conviven con una realidad que imita a un banquete desdichado, donde cada vez hay menos comensales pasando a ser sobrantes o desechables.

El contenido cultural del populismo, la

matriz de su aceptación, recoge, en parte, las reflexiones de Harari en su texto "Homo Deus. Breve Historia del Mañana", en cuanto a que la pobreza causa muchos problemas de salud y la desnutrición acorta la esperanza de la vida. Sobre la angustia que florece por la incertidumbre de no conseguir el alimento u otro empleo que no sea el estatal – edificándose una mediocridad que teme al digno y adora al lacayo – se habilita un sistema clientelar que transforma al necesitado en un palafrenero, lo convierte en un vasallo del caudillo o puntero local, quien le fía la comida a cambio del sufragio como condición ineludible o como forma de supervivencia e inserción en el sistema.

Es necesario dejar de estar al margen de la ley; es ineludible convivir con instituciones fuertes e independientes atadas, como Ulises, al mástil de la legalidad. El debate sobre la vigencia del Estado de Derecho en la región no se canaliza, al menos en hogaño, entre derecha o izquierda; como alfa y omega de la cuestión, La dialéctica se circunscribe al ancho campo – con fronteras definidas – que enfrenta al sistema populista, que avasalla derechos, con su adversario, que propicia un mosaico republicano e institucional atesorado por el respeto a la ley y colocando límites a los excesos. ■

Julio Báez

Juez de Cámara ante el Tribunal Oral en lo Criminal y Correccional N° 4 del Poder Judicial de la Nación; Doctor en Derecho Penal y Ciencias Penales.